

Isabella Tomassetti entrevista a Antonio Colinas

La sólida trayectoria creativa de Antonio Colinas (La Bañeza, 1946), el gran éxito de público y los numerosos reconocimientos recibidos de la crítica, últimos entre los cuales el “Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana” (2016) y los muy recientes “Premio Lerici Pea - Golfo dei Poeti” (2019) y “Premio Dante Alighieri” (2019) hacen del poeta leonés una de las figuras más interesantes del panorama literario español. Justo este año se cumple el cincuentenario de la publicación de sus primeros libros, *Poemas de la tierra y de la sangre* (1969) y *Preludios a una noche total* (1969): una recurrencia que confirma la dedicación total de Antonio Colinas a la escritura, acompañada de una intensa y brillante actividad como traductor literario cuyos mejores frutos corresponden a las versiones de dos grandes poetas italianos, Salvatore Quasimodo y Giacomo Leopardi.

Aunque Antonio Colinas se haya dedicado también profusamente a otros géneros literarios como la narrativa y el ensayo, su principal vocación reside en la escritura poética. Colinas considera la poesía no sólo un género sino una forma de conocimiento, un instrumento de aproximación a esa realidad ‘otra’ que se escapa a la comprensión racional. Colinas acoge esta función gnoseológica de la poesía retomando la noción zambrana de *razón poética* e interpreta el mundo identificando en la naturaleza y en la experiencia un sistema de símbolos que permite comprender el sentido profundo de la vida: la luz, el fuego, la isla, el mar, el árbol, el bosque, el río, la piedra, las ruinas son sólo algunas de las imágenes simbólicas más recurrentes en el mundo poético coliniano, a menudo aglomeradas en constelaciones léxicas ricas en matices semánticos. La consistente simbología que involucra la poesía de Colinas posee una notable fuerza plástica, creando auténticas redes de significado que recorren todos los poemarios y los ponen en comunicación. Aunque la historia personal del autor y su evolución estética hayan producido variaciones en su recorrido creativo, la producción de Colinas tiene algunas constantes que la configuran como un macrotexto compacto y sólido, marcado por una búsqueda continua de la armonía en todas sus formas: en la construcción del sintagma eufónico, en la musicalidad del ritmo, en la elección de la palabra polisémica, en la tensión hacia una consonancia con la naturaleza que es el fundamento de la serenidad y de la paz interior. Es este uno de los mensajes más intensos de la escritura coliniana: la poesía es revelación, instrumento salvífico que ofrece a los hombres un modo para resistir la vulgaridad, combatir la violencia, conjurar la muerte del alma, alcanzar esa armonía órfica gracias a la cual es posible cruzar la puerta que esconde lo ignoto. La meta sublime de la palabra poética es finalmente la de desvincularse del lenguaje corriente, de transmitir luz intelectual y conocimiento mediante el silencio, esa “música callada” que, en palabras del gran poeta místico San Juan de la Cruz, es armonía inefable, divina perfección que resiste a la finitud del tiempo y de la historia humana.

El año que acaba de terminar ha sido para Antonio Colinas pródigo en premios y reconocimientos, dos de los cuales procedentes de instituciones italianas. Hemos aprovechado la ocasión, pues, para entablar un diálogo con el poeta a propósito de la relación entre escritura y vida, del confin entre sentimiento y pensamiento, de la traducción poética y de otros temas que le preocupan.

Usted ganó muchos premios en su larga carrera de escritor, entre los cuales el Premio Reina Sofía de Poesía iberoamericana en 2016. El año 2019 le brindó además dos importantes premios concedidos por instituciones italianas: el prestigioso “Premio Lerici Pea Golfo dei Poeti” y el “premio Dante Alighieri”. ¿Qué representan para su itinerario de poeta estos galardones y el hecho de que le sean entregados en Italia?

Lo considero un reconocimiento muy especial, precisamente por venir de Italia, país donde viví y cuya cultura –por diversos medios y caminos– me ha interesado e influido a lo largo de los años, desde que en mi adolescencia me encontrara con una versión de los *Cantos* de

Leopardi en la editorial de José Janés, hasta hoy. Pero también por razones de sintonía estética, que a veces me ha llegado a través incluso de autores y artistas no sólo italianos, sino pertenecientes a otros países (como los franceses Montaigne, Stendhal o Poussin). Por eso me gusta decir que yo a Italia “fui a aprender y no a enseñar”. Creo que quienes hemos pasado por la experiencia de vivir Italia a través de su cultura hemos tenido una experiencia imborrable. Y así sucedió, ya en el pasado –sin pretender compararme con ellos, claro está– en autores nuestros como Cervantes, Quevedo, Aldana, Moratín, Alberti, Zambrano. Siempre hay un antes y un después de haber conocido Italia y su cultura. O sus culturas.

En su vida pudo relacionarse con intelectuales y escritores de gran envergadura, entre los cuales Vicente Aleixandre y María Zambrano. ¿Cuál ha sido el legado más importante que le transmitieron?

Ha citado a dos autores que en verdad han supuesto mucho en mi vida. Precisamente a estos dos he llegado a reconocerlos como mis *maestros*, a Aleixandre más en el caso de lo estrictamente literario; a María Zambrano en cuanto se refiere al pensamiento. A la vez, por encima del respeto que les tuve se dio con ellos una clara amistad. A Aleixandre lo conocí cuando llegué a Madrid a mis 18 años y mantuve con él una amistad hasta su muerte. Pasé a verlo con Dámaso Alonso a la U.C.I. del hospital el día antes de su muerte. Él me dio una carta de presentación para cuando tuve que salir para Italia inesperadamente. Antes, él había leído mis primeros escritos y me dio esos consejos prácticos que todavía hoy me sirven, como que el primero y el último verso de un poema no pueden ser unos versos cualquiera. Con María Zambrano mantuve una extraña y hermosa relación ya desde nuestra primera llamada telefónica, pero que se reconfirmó cuando la conocí en Ginebra, cuando ella aún se encontraba en el exilio. Los libros más inspirados suyos me influyeron mucho, pero sobre todo se dio esa *sintonía* que yo no sabía que iba a tener su desenlace con la escritura de mi reciente libro sobre ella, *Sobre María Zambrano. Misterios encendidos* [*Su María Zambrano. Misteri accesi*]

Su poesía está embebida de sus vivencias y emociones pero también contiene una precisa visión del mundo y de la humanidad. En su opinión, ¿cuál es la misión del poeta en el siglo XXI?

Esencialmente, la misión del poeta de hoy es la del poeta de siempre: traer la *palabra nueva*, a través de unas características que son propias de la poesía: la emoción, la intensidad, la pureza y la concisión formales. Esto en cuanto se refiere a la forma. Luego, en lo que se refiere al contenido, la poesía es una *vía de conocimiento*, hasta el punto de que, como se ha dicho “allá donde no llega la palabra del filósofo aparece la del poeta”. Así lo vio Heidegger en sus ensayos sobre Hölderlin. En el poema verdadero el poeta no sólo siente sino que también piensa y nos sitúa frente a los problemas claves del ser humano: el amor, la naturaleza, la muerte, el tiempo, el más allá, lo sagrado, lo profano. Luego, cada poema, en su título, puede tener otros subtemas, pero la base de la poesía siempre ha sido trascendente y fiel a los postulados de belleza y verdad, aunque tratase los temas más graves. Ahora bien, en el siglo XX, y seguramente en el XXI, la base de la poesía ha sido y puede ser también (aunque no obligadamente) mucho más testimonial, debido a que vivimos un tiempo crítico, con factores medioambientales, sociales y bélicos que antes no se habían dado.

Cada poeta tiene su forma de concebir y escribir los poemas. ¿Cómo nace un texto poético en el taller de Antonio Colinas?

En mí el poema nace de un momento misterioso, que es el del surgimiento del primer verso. Quizás han pasado dos o tres años y no he escrito ni un solo verso, pero de repente surge ese verso primero que luego da lugar a otros y que va conformando el poema y más tarde el libro completo. De ellos recuerdo dos momentos especiales: el de aquel verso que me vino a la cabeza al salir de la iglesia de Santo Tomás, en Leipzig, tras visitar la tumba de J. S Bach y que daría lugar al largo poema *La tumba negra*, y más tarde otro primer verso que me llegó al día siguiente de la muerte de mi padre, y que daría lugar a mi libro *Tiempo y abismo*. Luego, hay otros detalles circunstanciales, como el de que en mi juventud escribía de un tirón, sin corregir; mientras que ahora pulo mucho los poemas y hay en ellos una mayor presencia del pensamiento.

Usted es también un traductor. ¿En qué aspectos el ser poeta facilita la traducción y de qué forma puede constituir un obstáculo?

Como he dicho en otras ocasiones, he tenido que traducir por obligación y, a la vez, por placer. En mis primeros años en Ibiza apenas viajaba y dedicaba casi todo el tiempo a hacer traducciones *obligadas*. A la vez, en esos momentos, o en otros, seguía traduciendo mientras leí a autores que me gustaban más. Así sucedió con el proceso, largo en el tiempo, de ir leyendo y traduciendo a Salvatore Quasimodo, hasta publicar la primera edición completa en el mundo de su poesía, incluso la que llevaba dos libros póstumos que él no quiso publicar en vida. A Leopardi lo he “padecido” mucho al principio, por haber entregado mi trabajo a ediciones que no fueron cuidadas por los editores, que no pude incluso revisar ni corregir y que yo deseché; pero mis versiones de los *Cantos* o de los *Pensamientos*, han acabado siendo una lenta labor en el tiempo, de la que sólo ahora empiezo a estar satisfecho. Así, en ediciones como las de Galaxia Gutenberg o De Libros; pero una traducción de poesía no se acaba nunca. Respecto a la técnica, algo me ha ayudado el ser poeta. Quiero decir que para mí lo primordial al traducir un poema es salvar lo que yo llamo el *espíritu del texto*. Me refiero a que, en poesía, no basta con la versión literal del texto sino que hay que arriesgar a veces un poco e ir *más allá*, pero siempre sin alejarse de la voz original del poeta. Esta dura labor tiene en ocasiones sus reconocimientos, como cuando la edición de Quasimodo recibió el “Premio Nazionale per la Traduzione” o mi versión del *Pinocho*, fue reconocida por la Fundación Collodi, como emblemática entre las versiones españolas de este libro.

En sus ensayos habla en varias ocasiones de Ezra Pound, subrayando la originalidad de su estilo y su relación con los clásicos y la tradición poética occidental. Además, pudo conocer en persona al poeta americano y alude a este encuentro en un poema dedicado a él. ¿Qué recuerda de aquel encuentro?

Fue un poeta que influyó mucho en mi generación, junto con Eliot, Paz o Aleixandre. Pound nos abrió –por encima de la sequedad cultural de los años 60 en España–, a otras culturas y a la vez a una originalidad radical; a culturas como las de Extremo Oriente, a los *stilnovisti*, a los trovadores. Luego, en cierta medida, sus *Cantos pisanos* es a la poesía del siglo XX lo que el *Ulises* de Joyce es a la prosa. Gracias a Pound se publicó este libro. Hay un antes y un después de esos dos libros. Pude conocer personalmente a Pound en Venecia, en mayo de 1971, muy poco antes de su muerte. Días antes había entrevistado a Eugenio Montale en

Milán –hacia yo entonces entrevistas para el diario *Madrid*– y Montale me dijo que Pound no me recibiría, porque no hablaba nunca. Pero nos recibió a mí y al profesor Moreno, entonces Lector de Español en la universidad de Padua. En efecto, nos habló poco, pero estuvo muy cordial, amabilísimo y sonriente, y nos dijo algunas frases en español. Él estuvo en su juventud en España para hacer la “Ruta del *Poema de Mío Cid*”. Su mujer, Olga Rudge, sí nos habló mucho. Al final del encuentro, Pound me dedicó uno de sus libros. Luego, por razones circunstanciales, pues ella vino a Salamanca, he mantenido amistad con su nieta, Patrizia de Rachewilzt. Es poeta y de ella he traducido, junto a la profesora Viorica Patea, uno de sus libros, *My Taishan*.

Tanto en sus poemas como en sus ensayos recurre a menudo el tema del poder eternizador del arte en todas sus formas: poesía, música, pintura, escultura... ¿Cuales son los poemas que mejor representan esta concepción del arte?

Creo que, si se refiere a mi poesía, toda mi obra poética está traspasada de ese sentido “eternizador”, es decir procura ser fiel a una palabra de sentido trascendente, universalista, en diálogo siempre con otras culturas. Es en la última, en la tercera etapa de mis libros, donde se agudiza este sentido, al darse un mayor diálogo con el pensamiento y con los temas eternos. En un extenso poema como “La tumba negra” el tema aparente puede ser la caída del Muro de Berlín, pero en realidad es un poema de poemas: sobre las dos Alemanias, sobre Bach y Goethe, sobre la música y los problemas medioambientales... Como ya he dicho, en el título de cada poema puede haber un tema exclusivo y un “mundo”, pero luego también hay esa fidelidad a la palabra que no pasa, que como decía nuestro Antonio Machado, quiere y debe ser palabra poética de hoy, pero igualmente del ayer y del mañana. También en otro poema como “El soñador de espigas lejanas”, en el que historia e intrahistoria se funden buscando la unidad de lo eterno. Puede existir una poesía meramente testimonial, anecdótica, pero en esencia toda la gran tradición poética universal perdura en el tiempo precisamente por esa fidelidad al sentido de lo eterno, a la palabra de todos que no muere y que, al leerla, ilumina y eterniza al lector.

¿En qué proyectos está trabajando en este momento?

El último día del año 2019 he terminado un nuevo libro de poemas, *En los prados sembrados de ojos*, que espero aparezca en el 2020. Me ha costado mucho terminarlo. En él siempre encontrará el lector mi voz, pero aquí metamorfoseada, abierta a varios tonos. También sigo trabajando en el que habrá de ser mi *Cuarto tratado de armonía*, ese tipo de libro en el que el texto suele ser a la vez aforismo, pero a veces puro pensamiento e incluso en ocasiones pequeño poema en prosa. Precisamente se ha publicado este otoño la edición portuguesa de mis *Tres tratados de armonía*. La presentaremos en febrero en las ciudades de Bragança, Oporto y Lisboa. Me dicen que ha sido reconocido en Portugal “como uno de los diez libros de este año”. También he publicado una selección de los *Cantos* de Leopardi en Barcelona, de aquellos poemas que más he amado como lector de este poeta, los más puros e intensos y los menos neoclásicos.